

EL LABRADOR BASCONGADO



II

(LA COMPRA DE LA VACA)

Es uno de los problemas más importantes para la vida en el case-río la compra de la vaca, y en efecto, son innegables los beneficios que del ganado obtiene por el producto de la leche y la venta del nue-vo ternero, sin olvidar que la vaca es la más fiel, constante y neces-a-ria compañera del labrador en sus faenas del campo.

Por tanto, se establece una serie de simpatías entre los caseros y el rumiante, y no debe extrañar que este sea objeto de las mayores atenciones, verdad que se confirma si por desgracia uno de esos ani-males se encuentra en el establo echado ó sin comer ó tiene los pri-meros síntomas de una enfermedad. Entonces entra la desolación y la tristeza en el case-río, todos participan de la desgracia, cuentan los es-tornudos que repite el animal, y se pasan la noche en la cuadra para atender mejor al *enfermito*.

Consecuencia de esto es que á la compra de la vaca le precedan re-flexiones que con seguridad no pudieran ocurrirsele al más hábil calcu-lista y al hombre más concienzudo.

Con bastantes meses de anticipación discurrirá el casero respecto á la compra que trata de realizar, y nunca abordando la cuestión de fren-te sino por medios más ó menos indirectos y siempre *haciéndose el indiferente* se enterará de los precios y condiciones del ganado que se presenta en los distintos mercados.

Irá sumando la labor tan heroica de acumular en su cabeza datos

y más datos, hasta que por fin llega el tan deseado día, en que muy tempranito y con el mayor sigilo en compañía de su *echeko-andre* comience á contar sus ahorros y á recoger la suma indispensable, haciendo siempre esta operación por onzas, pues aunque éstas desgraciadamente ya no se vean, se efectúan las transacciones en tal forma. Vestido de gala con su blusa al brazo y su *makilla*, guardado el dinero entre los pliegues de su faja, saldrá camino de la feria. Es natural que en el trayecto se encuentre con ganado que siga su misma ruta y con él ejercerá la más detenida inspección ocular. Que le pregunten si va al mercado y no contestará con un *sí* categórico, sino que con los rodeos de su repertorio manifestará que va hácia allí, que *probablemente*, que *ya verá*; estas serán sus respuestas si le quieren indagar los que van á vender el ganado.

Llegará á la plaza, y á *lo tonto*, pasará una revista por la colección de mercancías que allí se hallan, y como se fije en la vaca que él pudiera necesitar, á una distancia de cinco metros se plantará y quedará impertérrito, hecho una estatua, contemplando al animal. Transcurrirá así algún tiempo, y venga un avance de un par de metros, para cerciorarse bien de sus condiciones externas, luego un par de vueltas á paso lento al rededor de la vaca, haciéndolo esto con más desahogo mientras no se halle presente su dueño, quien apenas advierta la maniobra de su compañero se pondrá en guardia esperando la caza que aparece en perspectiva.

Por lo general, y á pesar de tanta inspección, no preguntan directamente el precio, sino que, cuando se deciden á hablar, comienzan por indagar las condiciones y defectos del animal, entablándose un curioso diálogo de.... *cuco á cuco*.

—Esta vaca tendrá bastante edad—preguntará el uno y responderá el dueño:

—*En época tal cumplió tantos años y está cerca del siguiente*; (porque mientras no llegue el trato á ser serio no se consignan los datos exactos).

—*Tendrá mucha leche*, —dice el uno.

—*Muchas veces llegó á tanto*, —le contesta el otro.

Viene luego la enumeración de dudas y defectos que va contestando y aclarando el poseedor del animal y llegan así al *ultimatum* que tampoco es categórico.

En efecto, le dice el comprador:

—¿Qué vale esta vaca?

Y el dueño le replica:

—Pues mira, hay ofrecidas tantas onzas que no he querido percibir, —y por aquí llegan por fin al término de esta negociación, digna de buenas dósís de paciencia y de sagacidad.

Generalmente, después de hecho el trato y en virtud de la buena fê de las partes contratantes, suele tenerse la vaca á prueba por *nueve días*, con objeto de dar la definitiva respuesta y tomar posesión formal de ella.

Hasta ahora vamos así, pero no sería de extrañar que con el tiempo y á medida que aumenta la picardía, se introduzcan otras formalidades y que nuestros caseros tuviesen que aguzar más el ingenio, que en tal caso vendría á ser seguramente el máximum de la astucia.

RAMÓN SORALUCE.

SECCIÓN AMENA



DICHOS Y HECHOS DONOSTIARRAS



Un conocido donostiarra, socarrón como pocos, pasaba una tarde cerca del abrevadero de Atocha, en el que un cochero daba de beber á varios caballos.

—Vaya usted con Dios—le dijo el de los caballos.

—Buenas tardes, señores—contestó el otro con irónica sonrisa.

*
* * *

Muy conocido es el hijo de esta ciudad que sólo va por el paseo de los Fueros en las horas de pleamar.

¡Para hacerse la ilusión de que San Sebastián está bañado por uno de los ríos más caudalosos de España!

*
* * *

La afición á las corridas de bueyes tiene devotos irreductibles.